

ENCUESTA

EL PAPEL DEL INTELECTUAL EN LOS MOVIMIENTOS DE LIBERACION NACIONAL

Muchos son ya los intelectuales de todos los puntos cardinales consustanciados con este combate o que se acercan ahora. Para cada uno hay un puesto en el movimiento nacional liberador, al que puede aportar su palabra o su brazo, el poema o la firma con que ratificará su responsabilidad raigal. No importa cómo se sume a la lucha común y unida. Y tampoco cuáles son sus concepciones estéticas, su corriente artística, las formas que tome el trazado de su obra. Lo que no es admisible es la indiferencia, la inercia, o, peor aun, el esconderse tras fórmulas peligrosas que condenan por igual a los opresores y a los que se rebelan contra la opresión. Hoy ya no hay «tierra de nadie» que valga. Se está con los asesinos de pueblos o con éstos, con los que quieren instaurar la libertad integral o con quienes invocan su nombre en vano para disimular las felonías que cometen; con los que bastardean la cultura o con quienes buscan rescatarla para todos, en una inédita ampliación de sus beneficios que la llevará a casi inimaginables desarrollos.

Allá el imperialismo, de este lado los que tengan el corazón y otros órganos en el debido sitio. Los pueblos esperan de sus intelectuales que los acompañen, alienten y fortalezcan, que se eleven sobre las pequeñas querellas y la maraña de los intereses creados para incorporarse al formidable movimiento emancipador. Los más lúcidos y decididos ya están. Y los otros, ¿qué?



Mario Vargas Llosa

Con un volumen de cuentos (*Los jefes*) y una novela (*La ciudad y los perros*), el peruano Mario Vargas Llosa se reveló en plena juventud —nació en 1932— como uno de los mejores exponentes de la literatura latinoamericana contemporánea: Carlos Fuentes ha llegado a situarlo, junto con Carpentier y Cortázar, a la cabeza de la nueva novelística continental. Una nueva novela, *La casa verde*, se encuentra próxima a aparecer en España.

Yo distingo entre el creador y el intelectual, porque entiendo que al escritor, al creador, se le presenta específicamente una disyuntiva de compleja dilucidación. Creo que ambos —el intelectual y el creador— deben ocupar un puesto en la lucha por la liberación nacional, en cuanto ciudadanos. Ahora bien, creo también que, como hombres de cultura, nosotros los escritores de países subdesarrollados —concretamente, latinoamericanos— no tenemos nada que lamentar en la desaparición de un sistema que luchamos por destruir o reemplazar. Entiendo, por ejemplo, que quizá un escritor francés pueda sentir cierta nostalgia de un sistema que aspira a liquidar por su iniquidad y su ruindad en el ámbito político o social, pero que al menos ha creado algo en el campo específico de la cultura. Las clases dominantes latinoamericanas, en cambio, han sido en el campo cultural tan ineptas, ruines e injustas como en la economía o en las relaciones sociales; los países que nos han entregado son países analfabetos, sin vida cultural, sin personalidad cultural, con una vida literaria y artística embrionaria o alienada, sin escritores, sin editoriales. No tenemos pues nada que defender de ese sistema, del cual somos naturalmente adversarios y por cuya desaparición y su reemplazo debemos luchar, no sólo como ciudadanos sino como intelectuales. Y el sistema que reemplace al actual sólo puede ser socialista.

Pero entiendo que en el caso del creador se plantea un desgarramiento irremediable, ya que en el creador el elemento determinante no es nunca racional.

sino espontáneo, incontrolable, esencialmente intuitivo. Y el escritor no puede poner ese elemento al servicio de nada de una manera premeditada. En cierta forma, el creador se plantea así una verdadera duplicidad, o por lo menos una terrible tensión: quiere ser fiel a una determinada concepción política y al mismo tiempo necesita ser fiel a su vocación. Si ambas coinciden, perfecto, pero si divergen se plantea la tensión, se produce el desgarramiento. No debemos, empero, rehuir ese desgarramiento; debemos, por el contrario, asumirlo plenamente, y de ese mismo desgarramiento hacer literatura, hacer creación. Es una opción difícil, complicada, torturada si se quiere, pero imprescindible.



Jorge Zalamea

Nacido en 1905, el colombiano Jorge Zalamea es conocido principalmente como ensayista y poeta, aunque pocos como él puedan ostentar una foja intelectual tan extensa y variada, desde el teatro (tres obras en 1941) hasta la crítica literaria (fue fundador de la revista *Crítica* en 1949), pasando por la traducción (particularmente mencionables sus versiones españolas de Saint-John Perse) y la actividad político-cultural: secretario del Consejo Mundial de la Paz, Presidente del Instituto Cultural Colombo-Cubano. Sus obras ensayísticas: *La vida maravillosa de los libros* (1941), *Nueve artistas colombianos* (1941), *Minerva en la rueca* (1949), *Reunión en Pekín* (1952), *Antecedentes históricos de la Revolución Cubana* (1961), *La poesía ignorada y olvidada* (1965); por este último trabajo, mereció el premio Casa de las Américas 1965 en su

categoría. De su obra poética cabe recordar especialmente *El gran Burundún-Burundá ha muerto*, un poema satírico publicado en 1952.

Me parece que en la historia humana hay una alternación de épocas de revolución y épocas de rumia. Esto, desde luego, no en forma absoluta sino relativa. Durante las épocas de rumia, las sociedades parecen tomarse una tregua, un descanso para rumiar, asimilar y ordenar las conquistas que ha obtenido, las transformaciones que ha realizado, las nuevas creaciones que ha logrado en la época de evolución o de revolución inmediatamente anterior.

En estas épocas de rumia, los artistas suelen dedicarse preferentemente a la búsqueda de nuevas combinaciones formales, por una parte, a la investigación de sí mismos y a la confesión de su intimidad. En las épocas de revolución la humanidad está pariendo, a veces con dolorosos desgarramientos, nuevas formas de vida. Nuestro tiempo, en todos sus aspectos, es de revolución: hay una revolución social y una revolución científica; hay una revolución económica y una revolución artística; hay una revolución en la vida familiar, en la técnica e incluso en la conducta individual. En una época como la nuestra el artista no puede dedicarse al análisis introspectivo ni al complejo placer de la autoconfesión. Tiene que asumir el papel de testigo de su tiempo y tratar de participar en la mudanza de la sociedad de la manera más eficaz, constante, valerosa y verdadera.

Por tener la convicción de que tal es la tarea y la misión del artista en nuestro tiempo, desde hace veinte años he procurado que mi obra literaria sea un testimonio. Así, por ejemplo, he querido presentar la terrible violencia desatada en Colombia, mi patria, por las fuerzas políticas más reaccionarias de la América Latina en mi poema satírico *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*. Los resultados me han corroborado en mi creencia, pues ese libro ha sido traducido a más de doce idiomas, confiando a mi testimonio sobre el hecho concreto de Colombia un carácter universal. Las ilustraciones que acompañan a la traducción alemana, por ejemplo, identifican a Burundún-Burundá con Hitler. Y